

Llanto, posible novela imposible

Julio Trujillo

su expansionismo de resonancias whitmanianas; Paul Blackburn, poeta de los urbanos subsuelos nocturnos; la revelación de Susan Howe, quien quizá sea —según Weinberger— “la verdadera heredera de Olson”. Todas estas voces, sumadas a las restantes, dan cuenta de un edificio babélico erigido con innumerables referentes poéticos.

Hay constantes y hay características en la poesía norteamericana que la singularizan ante otras poéticas posibles: el sentido coloquial de su discurso; la ausencia de rípos, tan comunes en nuestra lengua —recordemos que una de las principales legislaciones poundianas rechazaba todo vocablo accesorio en el poema; la relación fenoménica de la palabra con los hechos cotidianos, y —lo que es sorprendente— el localismo temático —recordemos el *Paterson* de Williams— que adquiere, de manera natural, connotaciones universalistas. En algún otro lado declaré que la mejor poesía china se escribe, actualmente, en los Estados Unidos; no es impertinencia ni exageración ya que las particularidades más arriba enunciadas son comunes para ambos casos, y es de todos conocido el enorme respeto de Pound a la antigua poesía de Cathay.

Por otra parte, tratándose de una realidad filosóficamente pragmática como la norteamericana, es comprensible la condición bicéfala de gran parte de sus mejores poetas —quienes desarrollaron oficios o actividades socialmente aceptadas como “productivas”: Williams ejercía la pediatría en un barrio obrero de Nueva York, Snyder fue guardabosque, Lorine Niedecker se ganaba la vida fregando pisos en un hospital de Wisconsin, Louis Zukofsky como maestro de inglés en una escuela técnica de Brooklyn. Este intrínseco pragmatismo norteamericano posiblemente explique la tremenda fe depositada en la palabra —en esa palabra poética cargada de mundo; posiblemente explique también la elocuente ausencia de metáforas y cierto desdén ante las rigurosas construcciones metafísicas —salvo por cierto aspecto de la obra de Cummings, resulta impensable Mallarmé en los Estados Unidos.

Ante la generalizada tendencia a la entropía de nuestras letras latinoamericanas —sobre todo en lo que atañe a la poesía— es más que saludable recibir trabajos como el que Weinberger y Ediciones del Equilibrista hoy nos ofrecen. Y lo que nos ofrecen es poder reconocernos en la pluralidad y en la diferencia de una de las poéticas más vitales y estimulantes de este fin de milenio. ◇

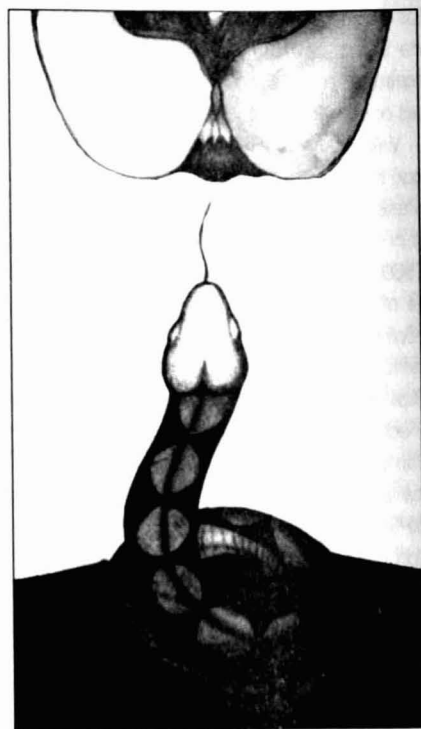
Una antología de la poesía norteamericana desde 1950, Editada por Eliot Weinberger. Ediciones del Equilibrista México, 1992

Tendido en algún rincón del Parque Hundido, doliéndose, ignorando su actual ubicación en el tiempo y el espacio, se encuentra Motecuhzoma Xocoyotzin, el mismo, a punto de ser recogido por tres mujeres que sufren los resultados de una noche de juerga. Esta extravagante situación, sin embargo, no es propiamente una trama, como tampoco es propiamente una novela —aunque ya casi ninguna novela lo sea “propiamente”— *Llanto*, de Carmen Boullosa, quien sabe que su libro es como arena, polvo fino, extravagante, sí, cambiando caprichosamente de forma, inasible, huidizo, extrañamente bello y refinado, como la arena.

Como subtítulo *Novelas imposibles*, y todo gira en torno a esa imposibilidad de hacer una novela sobre un hombre y el momento de una cultura que, en un sentido riguroso, desconocemos; sobre Moctezuma y su mal interpretada derrota, aunque derrota, y qué mejor que un emperador perdido, que ha perdido, como tema generador de esta novela, de todo punto posible y sensiblemente llevada a cabo.

En todo momento se percibe a Carmen Boullosa poeta, latente en el espacio de la prosa: “Valga el golpeteo del artista en la piedra aunque su sonido nada tenga que ver con la maravilla que el labrar despierta.” Valga, porque nos contagiamos de su ritmo y leemos el libro en una sentada.

Lo que fuera la ciudad más bella del mundo, Tenochtitlan, sepultada bajo las moles y los estertores de la ciudad de México, se le presenta a un aturrido Moctezuma que ha preferido cerrar los ojos. Entonces aparecen tres mujeres que de inmediato sitúan al lector en un entorno conocido, cotidiano, lejos del ambiente onírico y leve —una levedad como Calvino la plantea— con que la novela se inaugura. A partir de este momento, sobre la tierra firme de una “trama”, comienza el viaje iniciático del noble Moctezuma por la gran urbe que no puede reconocer como suya. Se asombra lo mismo ante un automóvil que ante la fina arquitectura de un vaso de vidrio. Exige las atenciones que un rey merece y éstas le son concedidas, porque no ha disminuido su realeza (su manera de expresarse, con ese castellano elegante y protocolario), y las mujeres que lo han recogido, entre el pasmo y los residuos del alcohol, le servirán de cortejo.



Boullosa ha escogido a Moctezuma —conjeturo— por su frágil personalidad, por su ambiguo heroísmo, por su oscura biografía y nos ha dado un personaje completo, su propia versión de un emperador incomprendido, no cobarde, confundido.

El segundo personaje más importante: el viento, o mejor dicho, un vientecillo que no alcanza a tomar forma, a definirse, sin la fuerza necesaria para erguirse, un viento bajo, a ras de suelo, que no llama la atención, presencia —otra vez— de la levedad, de un elegante anonimato, viento-mujer sobre la encrespadura del mar, siempre avanzando.

El proceso de escritura, lo que cruza por la mente de la autora al planear y al escribir *Llanto*, se ha insertado en el libro en forma de capítulos, lo cual provoca que el lector, en cierta forma, participe en la elaboración de la novela, forme parte de ella, que sienta que conforme la lee ésta se escribe, o mejor, se “describe”, recomienza, busca otros ángulos y al parecer no culmina, queda abierta; sin embargo —más allá de la licencia de la imposibilidad, de la impotencia ante el tema escogido— culmina, se resuelve y cierra, dejándonos con una extraña sensación, como si todo lo hubiéramos soñado. ◇